

— ¿No ha servido aquí una joven que se llamaba Camila y que ha muerto?

— Pero ¿no se lo hemos dicho ya?, exclamaron todos maravillados.

— Dispénsenme, dijo el médico haciendo una seña á la familia; y acercándose al desconocido, lo cogió del brazo y le dijo con agrado: Vaya usted con Dios, buen hombre; aquí no tiene usted que hacer nada; ¡ea, váyase!

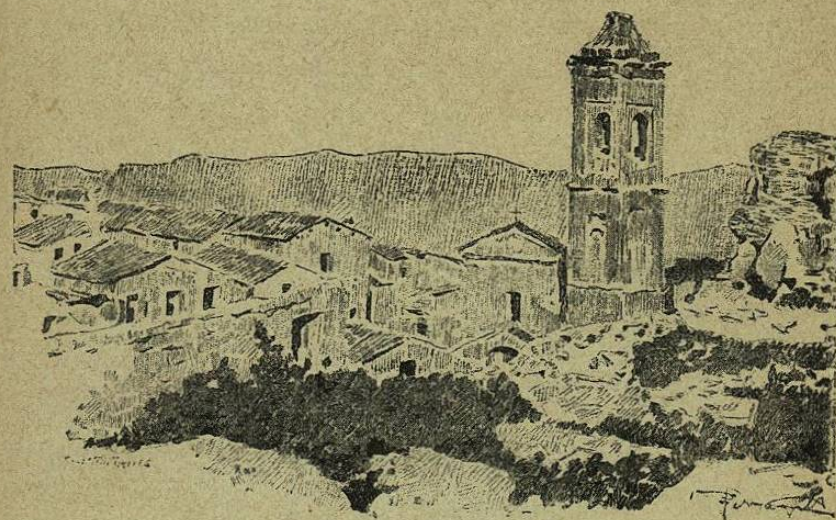
Y lo echó fuera poco á poco y cerró la puerta. Luego se volvió á la familia, que esperaba una explicación, y dijo:

— Ese joven se ha vuelto imbecil.

## II

En la provincia de \*\*\*, en el Piamonte, hay un pueblo al que la gente de las cercanías llama el pueblo de los *Hocicos duros*, burlándose de la seriedad de sus habitantes. Y deben ser en efecto los más serios de la provincia, si es cierto que la naturaleza del sitio en que se nace produce siempre algún efecto en la índole y en los caracteres, porque el pueblo está situado en una profunda hondonada, escasa de luz, casi siempre cubierta de niebla y circundada de montes altos y peñascosos. Pero aquel *duros* se refiere mejor á las cabezas que á las caras, porque el campesino de aquella tierra tiene en alto grado el carácter del campesino piamontés: bueno, honrado, laborioso, pero más duro que una piedra siempre que sea cosa de cambiar de parecer, de ceder, de doblegarse. Y así como en el mercado, para reducirle á dejarnos pasar después de decirle tres veces «Con permiso,» hay al fin que dar cinco pasos atrás, tomar impulso de costado y empujarle de modo que se le arroje contra la pared, así también, cuando se trata de desarraig-

le un prejuicio, de hacerle desistir de una resolución, el más pacienzudo y vigoroso razonador del mundo pierde la paciencia y la voz, y tiene que confesar al fin, como dicen las madres á los hijos testarudos, que no queda otro remedio sino retorcerle el pescuezo. Son, pues, muy rígidos y tercos, pero no ca-



El pueblo está situado en una profunda hondonada

recen de inteligencia. Les cuesta trabajo comprender, y se quedan un rato con la mirada vaga y la boca abierta antes de atrapar una idea; mas luego la aprisionan en su mente tosca, y la guardan como envidiosos de la conquista con una tenacidad tan grande, y la dan vueltas y más vueltas y la rumian de modo que al fin acaban por poseerla y comprenderla mejor que cualquier hombre de inteligencia despejada que la haya cogido al vuelo. Pero esta comprensión premiosa, de la que ellos mismos están persuadidos, es una especie de astucia burda que los hace temer siempre que los engañe la gente más diestra, y comunica á sus maneras y á su lenguaje un encogi-

miento, una reserva, una desconfianza que á primera vista hace que se los juzgue peores de lo que en realidad son. Por lo demás, han comprendido desde luego que para no verse en poder de truhanes, una de las primeras cosas que deberían hacer era aprender á leer y escribir, y por eso han acogido bien las primeras escuelas que se abrieron en el pueblo, y enviaron á ellas á sus hijos y acabaron por ir hasta los viejos. En rigor, es un pueblo que podríamos darnos por contentos si todos los de Italia se le semejasen.

Hace pocos años que en una casa de labradores situada en un extremo junto á la carretera vivía un joven que por su testarudez y su hosco ceño podía decirse que era la expresión más fiel del carácter de aquella gente. No era pendenciero ni hipócrita ni vicioso; antes al contrario, se trataba muy poco con los demás jóvenes del pueblo, pasaba la mayor parte de los días en casa y nunca había dado que hablar; pero desagradaba á muchos y tenía muy pocos amigos, no por otra cosa sino por el sombrío orgullo y el carácter quisquilloso que se revelaba en sus proceder y en sus palabras. Era uno de esos hombres que cuando hablan con alguien le examinan el traje, el sombrero, el calzado y le recorren la cara con la vista, pero sin mirar nunca con fijeza; sonríen y reprimen en seguida la sonrisa; bostezan y cortan á la mitad el bostezo; mueven una mano y la dejan levantada como mano de maniquí; y todas sus palabras ó miradas ó gestos los piensan y los maduran; y acaban por cohibir á uno y no se ve llegar la hora de dejarlos, y cuando nos hemos separado por fin de ellos, si volvemos la cabeza, sorprendemos su mirada que, al notarlo, nos huye. Carlos era uno de estos hombres, y por eso disgustaba hasta á las mujeres, por más que su aspecto no fuese desagradable. Era una figura que en el pueblo, en medio de la gente que



Atraía desde luego las miradas por la regularidad de sus facciones

salía de la iglesia después de oír misa, entre aquellas cien caras de frentes aplanadas, de cabellos hirsutos, de narices torcidas y de color de barro cocido, atraía desde luego las miradas por la regularidad de sus facciones, por sus ojos grandes y por su palidez. Era de corta estatura y delgado, pero de apariencia robusta, y aquel continuo fruncir el ceño daba á su mirada una expresión de fiereza, que podía agrandar cuando no la turbaba la cólera.

Huérfano de madre, su padre trabajaba en una ciudad lejana, y vivía en la aldea con unos tíos y primos, entre los cuales había una muchacha llamada Camila que por haber perdido á sus padres había sido recogida por la misma familia que lo acogió á él. Había vivido desde niño con aquella joven, y como es fácil suponer, apenas llegó á la edad en que se empieza á mirar con diferentes ojos al compañero de escuela y á la hija del portero, empezó, como dicen las campesinas toscanas, á discurrirla, y ella á responder, y la familia á dejar correr, pensando que á su tiempo se podrían casar.

La muchacha, que tenía diez y seis años (tres menos que Carlos), era de índole y de condición muy diferentes de la de él. Pero el cariño había nacido con la intimidad, casi en secreto; también porque, puesto que se dice que los extremos se tocan, es preciso que se aproximen, y además porque ella, humilde y afectuosa, estaba dotada de ese sentimiento oculto que impele á la mujer hacia los hombres de carácter áspero y violento, casi por una necesidad de derramar en otros la dulzura de la propia índole, por un deseo de luchar y sufrir, de expiar culpas ajenas, de escudar con la propia bondad y los propios dolores á quien lo necesita contra los castigos del cielo. Carlos la quería á su modo; pero la maltrataba á menudo con palabras durísimas, ó la asustaba con salvajes arrebatos

de cólera, lo cual solía suceder cuando ella, animosa y resuelta para afearle el mal é inducirle al bien, le hacía frente en alguna terquedad censurable, y con el lenguaje persuasivo de la convicción y del cariño le hacía comprender que no tenía razón, por lo cual, lastimado su orgullo, no sabiendo cómo defenderse, atacaba. Pero la riña duraba poco: ella pedía la paz, y cuando esa misma sumisión, que era una especie de victoria, no volvía á exasperar al adversario, la paz quedaba hecha. Alguna vez conseguía refrenarlo, amansarlo, encaminarlo al bien, y entonces ella se ufanaba. Y cada día se aficionaba más á él por lo que su carácter tenía de oculto, casi de misterioso, precisamente porque, como siempre sucede, su corazón se mantenía en una continua curiosidad de afecto y se figuraba que la parte oculta era la mejor, y que á fuerza de cuidado, de sumisión, de sacrificios, conseguiría reformarlo y dominarlo.

Solían pasar juntos la velada á la puerta de la casa, Camila sentada, haciendo labor, él de pie apoyado en la pared. Hablaban poco, especialmente Carlos. Cuando daba suelta á la lengua, era mala señal; algún poco de bilis comprimida de la que necesitaba desahogarse, y entonces salían de su boca las frases más incoherentes y estrafalarias: no quería trabajar más; dedicarse á contrabandista, marchar al extranjero, y la joven lo disuadía mientras le quedaban aliento y esperanzas, y luego lágrimas. «Soy muy malo, ¿verdad?» acababa por decir Carlos, casi arrepentido; y Camila, consolada de pronto por estas palabras, le respondía enjugándose el llanto: «No lo creo...»

### III

Cierta noche, á la hora de costumbre, Carlos se acercó á la joven más ceñudo que nunca, y apretándole la mano, estuvo



Solían pasar juntos la velada á la puerta de la casa

mucho rato inmóvil, callado y apoyado en la pared. Camila le miró á hurtadillas y casi tuvo miedo: jamás le había visto tan demudado; estaba pálido y temblaba.

— ¿Qué tienes?, le preguntó.

— Tengo..., contestó con ímpetu y sin volver la cabeza, una bagatela. Que hace cinco días, cuando recibimos la noticia de que mi hermano mayor había muerto, no pensamos en una cosa.

— ¿Cuál?

— No pensamos ni tú, ni yo, ni mis parientes, ni el cura, ni nadie, y parece mentira; no sé dónde teníamos la cabeza...

— Pero ¿qué es?

— Digo, digo... demasiado lo he de decir; que tengo que ir soldado: ya está dicho.

La muchacha dió un grito y se levantó.

— Ya sabes lo que tengo, añadió el joven.

Y poco después añadió:

— Así es. Por si no lo sabes, cuando hay tres hijos, la ley coge al primero y al último, y cuando el primero muere, deja en paz al último y coge al segundo, y como el segundo soy yo, tengo que ir al servicio.

— Pero..., dijo la muchacha aún no recobrada de su primer aturdimiento, ¿es cierto?

— ¡Que si es cierto! Me lo ha dicho el alcalde, y después han añadido mi nombre en las listas. Y no basta. Entre mi hermano y yo había un año de diferencia; yo, en justicia, habría entrado en quinta el año que viene; pero ese año, como sabrás, y si no lo sabes te lo digo, hacen dos quintas á la vez, porque se debe una; por consiguiente, estamos arreglados. ¡Dentro de tres meses, andando!

— Pero ¿es posible?, exclamó la joven con acento alterado.

—¡Vaya si lo es!, contestó Carlos con sonrisa rabiosa. Pero no hay que preocuparse, ¿sabes? ¡Qué significan cinco años! ¡Poca cosa! Morral, gamella, pan negro y adelante. ¡Y viva el rey!

Y descargó tan fuerte puñetazo en la pared, que se ensangrentó los dedos.

—¿Qué haces, Carlos?, gritó Camila sujetándole.

—¿Qué hago?, contestó con risa convulsa; ¡mira lo que hago! É hizo un ademán impetuoso como para darse un puñetazo en la barba. Pero de repente detuvo el brazo, soltó una carcajada y exclamó: ¡Ah! Se me olvidaba que ya no se rompen los cartuchos con los dientes; así se conservarán mejor.

Y se puso á dar paseos arriba y abajo canturreando entre dientes. Camila, pálida, fuera de sí de sorpresa y de dolor, le seguía sin decirle nada, mirándole con ojos azorados.

—¿Qué te parece?, preguntó Carlos deteniéndose.

—¡Qué te puedo decir!, contestó Camila con voz trémula. Que me parece un sueño, que no lo puedo creer, que se me parte el corazón.

Y le echó los brazos al cuello sollozando.

—¡Déjame en paz!, le respondió él desprendiéndose y tomando el camino del pueblo; ¡se necesita algo más que ternezas!

## IV

Después de andar un rato, Carlos encontró á un amigo del pueblo, hombre de treinta años, alto y seco, de mirada engañosa y de boca torcida con expresión de desprecio; iba vestido con pulcritud rara en un joven aldeano; cabellos lustrosos, corbata, puños, y unos pantalones muy anchos que se estrechaban en la garganta del pie. Era uno de esos zafios campesinos que

han prestado de mala manera el servicio militar y vuelven á su casa peores que antes, con la desgarrada facha inherente á

su naturaleza, aumentada con los vicios adquiridos en la ciudad y el desparpajo que aprendieron

en el cuartel: una mezcla de aldeano, matón y bellaco que hieden á aguardiente y á pomada y desprecian «la ignorancia.»

Aquel hombre, que estaba con licencia en el pueblo, había abierto en él una pequeña tienda de licores.

Al ver á Carlos se detuvo y, sin acercarse á él, le dijo con sonrisa compasiva:

— Ya lo sé... Y no hay Cristo que valga, añadió poco después el licorista.

— También tú lo has sido, respondió Carlos.

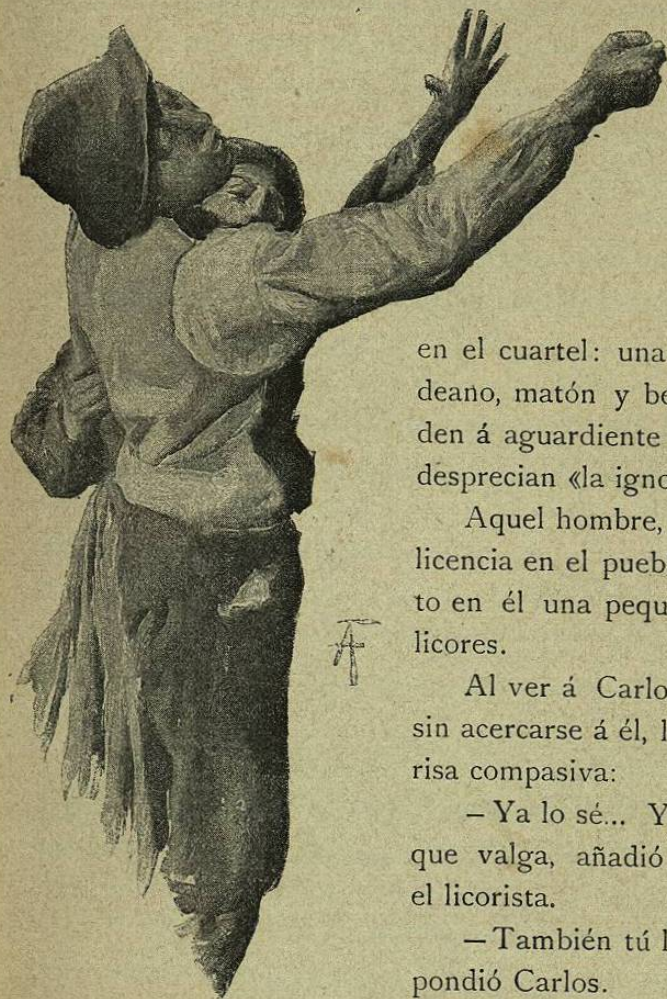
— Pues por eso te tengo lástima, amigo.

¿Qué haces, Carlos?, gritó Camila sujetándole

Carlos se quedó callado, con la vista fija en el suelo.

—¿Y Camila?

Carlos se encogió de hombros.



— Ahora has entrado tú en el mal paso, añadió el amigo; á cada cerdo le llega su San Martín.

Carlos se mordió los labios y siguió su camino.

Como había circulado la noticia por el pueblo, en el que era conocido, todos le miraban. Alguno de los que tenían intimidad con él, al verlo pasar, salía á la puerta de la tienda y le decía: «¿Conque vas, eh?» Otros, sonriendo maliciosamente, decían: «Así se le bajará el orgullo.» Y las muchachas: «¡Pobre Camila!» Él no miraba á nadie, pero se sentía encima, por decirlo así, las miradas de todos, y en aquel momento no le molestaba tanto la idea de ir al servicio, como aquellas sonrisitas de la gente á la que era antipático. «¡Si los pudiese coger uno por uno!» murmuraba empuñando el mango de su cuchillo. Fué á hablar al alcalde, leyó otra vez la lista de los reclutas y volvió á su casa, cerrada la noche. Al entrar vió á Camila llorando en un rincón, y recordando entonces el modo brutal con que le había dado la noticia de su desgracia, sintió remordimientos, se acercó á ella y le dijo en voz baja:

— No hay que desesperarse; además, todavía no es cosa segura.

— ¿Que no es seguro?, exclamó la joven sorprendida.

— Hay también la segunda categoría.

La joven se quedó pensando: segunda categoría, números altos, números bajos, cuarenta días, todas estas ideas se le agolparon confusamente á la cabeza.

— Me parece que me tocará un número alto, dijo Carlos.

— Y entonces no serás soldado.

— Lo seré, pero sólo cuarenta días.

— Pero ¿será verdad?, gritó la joven en un arranque de alegría.

— Sí, necesito tener suerte, respondió Carlos.

— Y yo se lo pediré tanto á Dios, que me hará esta gracia; y corrió á encerrarse en su cuarto.

Carlos experimentó un sentimiento de ternura que hacía mucho tiempo no había sentido; mas como en él hasta los impulsos cariñosos adquirían una expresión de despecho y de cólera, cerró los puños, miró al cielo estrellado, y murmuró apretando los dientes:

— ¡Ah ley infame y maldita que nos obliga á dejar casa, parientes, amigos, todo, para ir á hacer... el presidiario!

En aquel momento se oyó en el camino una voz que cantaba:

— ¡Y no hay Cristo!...

Era el amigo licorista, que al pasar había visto destacarse la figura oscura de Carlos en el fondo alumbrado de la estancia: Carlos se estremeció.

— ¡Morral á la espalda!, añadió la voz alejándose.

Y poco después:

— ¡Pan florecido!

Y más allá:

— ¡Y arrestos!

Siguió á las últimas palabras una carcajada, y luego todo quedó en silencio en el camino oscuro y desierto.

## V

Llegó el día en que Carlos tuvo que ir á la ciudad para el sorteo. Marchó por la mañana temprano para volver al día siguiente á la misma hora. Camila le acompañó hasta la carretera, delante de la casa, y haciendo un grande esfuerzo no lloró ni dijo una palabra hasta el momento de separarse. Estaba pálida y tenía en los ojos las señales de la vigilia y del llanto.